

... miles de seguidores en las redes.

«*Esta novela se convierte en un amigo con el que poder compartir los derroteros de la vida que a veces nos desvían del camino y otras nos llevan hasta donde queremos estar.*» **FALSARIA**

«*Las palabras de esta novela fluyen de manera natural haciendo que la verosimilitud y la belleza se fundan en el relato.*» **INED21**

Acompañamos a Camilo en la transición de la adolescencia a la treintena, etapa en la que hecho un casanova -aunque algo perdido y desmotivado- conoce a una chica inclasificable y auténtica que puede que cambie su mundo.



La culpa fue del café. | Carlos Hernández

La culpa fue del café.



Carlos Hernández

La
culpa fue
del café.

Carlos Javier Hernández Hernández (Tenerife, 1980) estudió Ingeniería Química en la Universidad de La Laguna. Al incorporarse al mundo laboral compaginó la formación continua con el deporte y la lectura. Finalmente, encontró la motivación necesaria para escribir sus propias historias, *La culpa fue del café*, es su primera novela.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales prescritos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

© 2016, Carlos J. Hernández Hernández
© 2016, Katherine Waleska, por las Ilustraciones.
© 2016, Alejandro Martín, por el diseño y portada.

Carlos Hernández

LA CULPA FUE DEL CAFÉ

0.

BOTSUANA

Ella viste unos pantalones baggy y una camiseta estampada, lleva el pelo recogido con una coleta, el flequillo por encima de las cejas y apenas maquillaje.

La escena es un contraste dentro del Palco, una discoteca hasta la bandera de ropas prietas al máximo que tapan lo mínimo. Es un local con mucha solera, ubicado delante de la que actualmente es la última parada del tranvía, en la arteria principal y desgraciadamente de peor imagen de la ciudad, La Avenida Trinidad, que con la recesión se convierte en la única opción después de las cuatro de la mañana.

Con un grupo de amigas, en un lateral, gesticulando y riendo pero sin querer llamar la atención, lo hace y mucho para Camilo, que confiado en su ocurrencia, su apariencia y con la ayuda de media docena de cubatas, se acerca desde la barra, dejando allí a Pedro, para ofrecerle su mano en saludo y decirle:

—Era un secreto, no debería decírtelo pero, tus amigas han hecho un casting a cinco chicos para que te tiremos los trastos, uno detrás de otro.

–Ya. ¿Y dónde están los demás?

–Los encerré en el baño.

–Bueno, es igual. Al hombre de mi vida no lo voy a conocer de noche.

–Ah, ¿no? y ¿qué hace él a estas horas? ¿Reconstruye escuelas en Botsuana? –Emma sonríe muy vagamente, introduce una mano en un bolsillo del pantalón dejando el pulgar por fuera y analiza durante unos segundos a Camilo, para luego decir.

–¿Cuántas veces has dicho eso esta noche?

–¿Tienes novio? –dice Camilo.

–No, no, no, no, no, nunca he tenido –dice Emma.

–¿Y eso? ¿Eres mormona o algo así?

–Pero, ¿por qué le extraña tanto a la gente? Soy muy independiente, ¿y tú?, ¿La dejaste en casa para ver qué cae esta noche?

–Yo sí soy mormón. No, una vez si tuve.

–O sea que en algún momento no usabas frases hechas para entrarle a las chicas.

–Hoy tampoco. Me llamo Camilo ¿De dónde sales tú?

–Vivo aquí al lado. ¿Y ahora qué es lo que sueles decir Camilo?

—A ti te diría: ¿qué hago para volver a verte?

—No, no, no, no, túquieres otra cosa y con lo mono que eres seguro que aquí lo consigues, pero en serio, esta noche soy mal partido, además ya me voy.

—No digo que tu teoría sea errónea del todo, pero sí que me hubiese gustado volver a verte. No obstante, encantado —Camilo vuelve a darle la mano para despedirse, ella sonríe pero no contesta nada, la conversación ha estado bien, pero ambos la dejaban ahí.

—¡No sé qué te habrá dicho, pero no le hagas ni caso! La he dejado sin postre esta semana y está desequilibrada. —Interviene rápidamente una de las chicas que la acompaña y a continuación dice: —Se llama Emma, apunta: 609... es rara con la comida, vive conmigo, tiene muy mala leche y a veces fuma, pero es buena niña— Emma no le hubiera dado el teléfono y Camilo no se lo hubiera pedido, pero en realidad todos están contentos.

Camilo regresa con Pedro y ellas se van a casa a los pocos minutos, despidiéndose antes de ambos.

Emma tiene veintisiete años y dos cosas claras en la vida: no quiere ser como los demás y la mejor defensa es un buen ataque.

Su presencia, caracterizada por grandes ojos verdes, pálida piel y cabello cobrizo, denota personalidad por los cuatro costados. Mide 1,63 y con 52 kilos, aunque no tiene enormes curvas, al practicar deportes y alimentarse equilibradamente, posee una bonita figura. Es objetivamente guapa pero no la típica chica explosiva.

Creció en Garachico, un pueblo aún más al norte de Tenerife que la Orotava, siendo la menor de tres hermanas, todas nacidas en menos de seis años.

Testaruda por naturaleza, con 12 años, cuando sus hermanas iban ya al instituto, tenía que coger sola una guagua pública que la llevaba al colegio por las mañanas y muchas veces se retrasaba. Un día, su profesora, maniática del orden y con poca mano izquierda, delante de sus compañeros, y sin aviso previo, la retó diciéndole que cada vez que se le volviese a hacer tarde estaría sentada separada del resto. Desde entonces, hasta cuando llegaba a tiempo, esperaba por fuera de la clase para no ser puntual.

Era muy sociable y activa, siendo delegada de la clase o protagonista de las obras de final de curso en alguna ocasión. Tenía muchos proyectos: ver mundo, ser actriz y algo de auténtico amor, pero los sueños, sin un buen plan, en sueños se quedan y el suyo era demasiado rebelde para lo material e idealizado para lo sentimental.

Sus padres, un matrimonio tradicional y de clase media, tuvieron a sus hijas jóvenes. Cuando Emma cumplió diecisiete años les dijo que quería estudiar Bellas Artes, pero ellos no creían que esa carrera le pudiera labrar un futuro, deseaban que tuviera más opciones, esperaban que se decidiera por Fisioterapia, Derecho, Enfermería o Empresariales, como sus hermanas mayores, pero lo de ser artista, aunque lo hubieran terminado aceptando, no les parecía buena idea, la presionaron un poco y Emma, antes de ceder, optó por dejar el último año de instituto, ponerse a trabajar en un bar de copas del Puerto de la Cruz por las noches, practicar



surf en la playa del Socorro por los días, hacerse un piercing en la nariz y un tatuaje en el tobillo. Se desató una guerra, con amenazas y castigos de un lado y silencios y fugas del otro, a partir de ese momento se distanciaron cada vez más.

A finales de los noventa insinuar querer estudiar Arte era, aún para muchos, sinónimo de una búsqueda del camino fácil, de soñadores. Como diría Ken Robinson: coletazos de una revolución industrial, que solo relacionaba inteligencia con productividad, y que ha contribuido a que en la segunda década de los 2000, sean mayoría los titulados superiores sin pasión por lo que hacen, con carreras universitarias, que en gran parte los alejaron de aquello para lo que de verdad habían nacido.

Nada más cumplir dieciocho años, con lo poco ahorrado, se mudó al centro de La Laguna, alquilando habitaciones en pisos rentados a otros que sí contaban con avales. Tuvo varias compañeras, que siempre eran universitarias, aunque normalmente era ella la que más libros leía.

Trabajó en lo que pudo, herbolarios, librerías, cafeterías... sin hacer grandes planes y disfrutando de las pequeñas cosas, pero en algún momento dejó de soñar. Solo ha viajado dos veces fuera de Tenerife, por pocos días y con casi todo excluido. Le gusta fumar, sobre todo lo que no es legal, tomar cortados con hielo leyendo el periódico y conducir escuchando a Janis Joplin.

Constantemente bromeando, parece controlar su vida pero, sin que nadie sepa por qué, ha dejado de dormir bien desde hace años. Igual de insurgente con

los hombres que con sus padres, no permite que nadie controle su voluntad ni un segundo.

Parodia a los guaperas que le entran en los bares, si se acuesta con alguno, no lo vuelve a llamar, si conoce algo mejor, a veces tampoco lo vuelve a llamar y muchas temporadas, aunque quisiera, no tiene a quien llamar.

Nunca ha usado la expresión «mi novio», porque para ella, a estas alturas, los chicos son como los azúcares blancos: prescindibles.

La compañera de piso de Emma es Cynthia. Tiene en el salvapantallas del ordenador, del teléfono, en un almanaque en el espejo de su armario y en una foto en la cartera, al modelo David Gandy en bañador.

La noche que sale y ningún chico lo intenta con ella, vuelve hundida a casa. No es nada fea pero sería mucho más atractiva de parecer menos desesperada. Nunca hay momento informal, aunque vaya a comprar una barra de pan se maquilla, peina y pone tacones, su foto de perfil en Facebook es digna de una portada del Cosmopolitan, pero no la reconoce nadie. Trabaja hace años para una cadena de restaurantes aunque estudió Pedagogía. Prefiere salir con sus amigas del trabajo que con Emma, a la que quiere mucho, pero difiere en gusto en lo que a ambientes se refiere. Es trabajadora y simpática pero tiende a ser negativa. Siempre hace bromas picantes aunque es muy tímida al hablar de sí misma. Tuvo novio desde los quince años, edad a la que llegó a Canarias desde su Málaga natal pero hace uno la dejó por una chica diez años más joven, ahora con treinta siente que se le acaba el tiempo.

Es a la única a la que le gustan las magdalenas de harina integral que, sin yemas ni azúcar, suele cocinar Emma en invierno.

PERSONAJES

Camilo

(1980, La Orotava, Tenerife)

Protagonista de esta historia que trata de mucho más que de él.

Emma

(1983, Garachico, Tenerife)

¿Medio o fin?

Elsa

(1980, Las Palmas de Gran Canaria)

No existe mejor chica para ser la primera en todo.

Esben

(1968, Munich, Alemania)

Psicólogo. Una especie de Mago Merlín.

Hugo

(1976, La Laguna, Tenerife)

Amigo de Camilo desde el postgrado siempre ecuánime y correcto.

Cynthia

(1980, Málaga).

Compañera de piso de Emma. Anda sobrada de simpatía pero baja de autoestima.

Emilio y Caye

(1969 y 1971, La Orotava)

Hermanos y socios de Camilo.

D. Cayetano y D.ª Inés

(1942 y 1947, La Orotava)

Unos padres que quieren lo mejor para Camilo y el resto de sus hijos.

Laura

(¿?)

Le gusta dejar buzones de voz.

Leela

(2008, C/Herradores, La Laguna).

Gata. Compañera de piso de Emma y Cynthia.

EPÍLOGO

La culpa fue del café, ópera prima de Carlos Javier Hernández Hernández, es una novela de aprendizaje, y como tal describe -de forma tan satírica como real- la transición de la niñez a la vida adulta.

Durante el proceso de emprender el miedo a equivocarnos siempre está presente, miedo acérrimo que en muchas ocasiones limita trágicamente nuestro potencial. El error es un maestro de vida. El fracaso y la creación se necesitan, se implican y retroalimentan. Muchas iniciativas en todos los ámbitos; científica, artística, sentimental, empresarial... tienen a ese profesor, duro pero sincero, que nos hace crecer.

Hablo con la autoridad que me da el fracaso.
(F. Scott Fitzgerald)

Víctor González.

SOUNDTRACK

- 4. Jealous guy. Jhon Lennon.
- 3. Wake up. Arcade fire.
- 2. Futuresex / Lovesound. Justin Timberlake
- 1. Father and son. Ronan Keating and Yusuf/Cat Stevens
 - 0. Again. Lenny Kravitz.
 - 1. Piece of my heart. Janis Joplin.
 - 2. Aquí no podemos hacerlo. Los Rodríguez.
 - 3. So payaso. Extremo duro.
 - 4. King without a crown. Matisyahu.
 - 5. 4 y 26. Pereza.
 - 6. Gorilla. Bruno Mars
 - 7. Quédate a dormir. MClan
- 8. Old habits die hard. Mick Jagger and Dave Stewart.
- 9. Allí donde solíamos gritar. Love of lesbian.
- 10. Sometimes you can't make it on your own. U2.
- 11. No puedo vivir sin ti. Coque Malla.
- Bonus. You learn. Alanis Morissette

